

Santidad para todos: una huella de San Juan Eudes en el Concilio Vaticano II

P. Geovanny Colorado, cjm
Unidad Eudista de Espiritualidad

Introducción: la santidad, una llamada incomprendida

El presente artículo explora la concepción de la santidad cristiana como vocación universal, estableciendo un diálogo entre la obra de san Juan Eudes en "Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas" (siglo XVII), la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II (siglo XX) y la exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate* del Papa Francisco.

Se argumenta que la visión eudista, que concibe al cristiano como continuador de la vida de Jesús en la tierra y llama a todos los fieles a la santidad, constituye un antecedente profético de lo que el Concilio desarrollaría como "vocación universal a la santidad". Asimismo, se aborda la desfiguración contemporánea de la santidad —percibida como inalcanzable o reservada a acciones heroicas— y se propone recuperar su sentido original desde las fuentes eudistas y magisteriales.

En el imaginario colectivo de muchos creyentes, la santidad sigue siendo percibida como una meta reservada a unos pocos elegidos: monjes, místicos, mártires o personajes extraordinarios cuyas vidas transcurren entre milagros y penitencias heroicas.

Esta percepción ha generado un doble fenómeno en la vida eclesial: por un lado, la admiración distante hacia quienes alcanzaron la santidad así concebida; por otro, una resignada conciencia de que ese ideal resulta inaplicable a la vida ordinaria del cristiano común, inmerso en las exigencias de la familia, el trabajo y las relaciones cotidianas.

El Papa Francisco, en *Gaudete et Exsultate*, diagnostica con claridad esta situación: "Lo que aquí quiero considerar es la llamada a la santidad que el Señor dirige a cada uno de nosotros, esa llamada que también te dirige a ti, a ti, a ti: 'Sed santos, porque yo soy santo'" (GE 10). Y advierte sobre el riesgo de desfigurar este llamado, presentando "modelos de santidad que parecerían inalcanzables" o reduciendo la vida cristiana a "un conjunto de ejercicios religiosos" que no transforman la existencia concreta (GE 32).

Sin embargo, lo que pocos conocen es que tres siglos antes del Concilio Vaticano II, un sacerdote normando, san Juan Eudes (1601-1680), había ya desarrollado una teología de la santidad profundamente arraigada en la vida cotidiana y dirigida explícitamente a "todos los cristianos". Su obra cumbre, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, constituye un tratado de espiritualidad que, como veremos, anticipa de manera sorprendente las enseñanzas conciliares sobre la vocación universal a la santidad y la dignidad del laicado.

El presente artículo pretende establecer un diálogo entre estas tres fuentes —la espiritualidad eudista, la constitución *Lumen Gentium* y la exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*— para mostrar cómo la comprensión de la santidad como camino accesible a todos los bautizados no solo es posible, sino necesaria para la revitalización de la vida cristiana en el mundo contemporáneo.

San Juan Eudes: un profeta de la santidad para todos

El contexto de una intuición adelantada

Para comprender el carácter profético de la obra de san Juan Eudes, es necesario situarla en su contexto histórico. El siglo XVII francés, marcado por el auge de la Reforma católica postridentina, veía florecer grandes escuelas de espiritualidad —la francesa, la carmelitana, la ignaciana—, pero estas estaban dirigidas predominantemente a religiosos y religiosas. La espiritualidad del laico, cuando se consideraba, solía ser una versión atenuada o “adaptada” de la vida religiosa. Esto contribuyó en cierta manera a la clericalización del laico.

Juan Eudes, formado por el cardenal Pedro Bérulle y, luego, fundador de la Congregación de Jesús y María (Eudistas) y de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, rompe con este esquema. Desde el prólogo de *Vida y Reino*, declara sin ambages el destinatario de su obra:

"Hablo de «todos los cristianos» porque ha sido compuesto no sólo para religiosos sino para cuantos desean vivir cristiana y santamente. Y esta es obligación de todo cristiano, de cualquier estado y condición, porque, en lenguaje celestial, ser cristiano y ser santo es una misma cosa" (*Vida y Reino*, p. 90).

Esta afirmación, que hoy nos parece obvia a la luz del Concilio Vaticano II, resultaba novedosa —y hasta audaz— en el siglo XVII. Juan Eudes fundamenta su planteamiento en una concepción teológica profunda: la unión del cristiano con Cristo como miembro de su Cuerpo místico.

El fundamento teológico: el cristiano es continuador de la vida de Jesús

La clave de bóveda de la espiritualidad eudista reside en una intuición central: el cristiano no es simplemente un imitador de Jesús, sino alguien que conti-

núa y completa en sí mismo la vida de Cristo. Eudes lo expresa con una claridad asombrosa:

"Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre [...] es, al decir de san Pablo, nuestra Cabeza, de la que somos su cuerpo y sus miembros [...] De esta unión se desprende que, como los miembros reciben animación del espíritu de su cabeza y viven de su vida, también a nosotros debe animarnos el espíritu de Jesús, para vivir de su vida, caminar tras sus huellas, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones y realizar nuestras acciones con sus mismas disposiciones e intenciones. En una palabra, debemos continuar y completar la vida y la devoción de Jesús en la tierra" (*Vida y Reino*, p. 161).

Esta teología de la “continuación de Cristo” en la existencia del bautizado no es una mera exhortación piadosa, sino que se apoya en una sólida base escriturística y patristica. Eudes cita abundantemente a san Pablo: “vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20); “llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús” (2 Cor 4,10); “la Iglesia es la plenitud de Jesucristo” (Ef 1,23). La consecuencia es clara: si Cristo vive en el cristiano y el cristiano vive en Cristo, entonces la santidad no es otra cosa que dejar que esa vida divina se despliegue en la existencia concreta.

La santidad como configuración con Cristo

Para Eudes, la santidad no consiste primordialmente en la práctica de virtudes heroicas o en fenómenos extraordinarios, sino en la configuración con Cristo y este trabajo lo realiza el Espíritu Santo contando con la libertad y la voluntad del cristiano. Por eso titula su obra *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*: se trata de que Jesús “viva y reine” en cada bautizado. Este “reino” no es una realidad futura o exclusivamente celestial, sino una presencia actual que debe manifestarse en todas las dimensiones de la vida.

La originalidad de Eudes radica en su capacidad para traducir esta alta teología en una pedagogía espiritual concreta. Su obra está repleta de “elevaciones”, oraciones y ejercicios destinados a ayudar al cristiano a vivir cada momento —desde el despertar hasta el descanso

nocturno, desde las acciones más sencillas hasta las más solemnes— en unión con Jesús. Se trata, como él mismo dice, de “formar a Jesús” en nosotros (Vida y Reino, p. 271).

Por tanto, esta formación de Jesús en el cristiano no es una tarea reservada a especialistas, sino la vocación común de todos los bautizados. En un pasaje de gran belleza, Eudes describe cómo las acciones más ordinarias pueden convertirse en ocasión de santidad:

“La mayor parte de nuestra vida es un tejido de pequeñas acciones, tales como comer, beber, dormir, leer, escribir, conversar con el prójimo. Si nos esmeramos por hacerlas bien, daremos con ellas gran gloria a Dios y adelantaremos pronto en las sendas de su amor” (Vida y Reino, p. 442).

Esta visión, que podría parecer obvia para nosotros, constituía en el siglo XVII una reivindicación de la dignidad espiritual de la vida laical. Al afirmar que las acciones cotidianas pueden ser “otros tantos actos de alabanza y de amor a Jesús” (Vida y Reino, p. 454), Eudes estaba sentando las bases para una espiritualidad laical autónoma, no dependiente de los modelos monásticos o religiosos.

El Concilio Vaticano II: la consagración de una intuición

La doctrina de Lumen Gentium sobre la santidad universal

Casi tres siglos después de la muerte de san Juan Eudes, el Concilio Vaticano II (1962-1965) haría suya, de manera oficial y solemne, esta misma convicción. El capítulo V de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, titulado precisamente “Universal vocación a la santidad en la Iglesia”, constituye un hito en la enseñanza magisterial.

El texto conciliar comienza afirmando: “El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida,

de la que Él es iniciador y consumidor: Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (LG 40); y continúa afirmando: “Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG 40).

La formulación es tan clara como contundente: la santidad no ha de entenderse como un privilegio y llamado para algunos pocos, sino como una vocación de todos. El Concilio se cuida de precisar que esta llamada no anula la diversidad de estados de vida, sino que los asume y los santifica desde dentro:

“Los fieles, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida y a través de todo ello, se santificarán más cada día si lo reciben todo con fe de la mano del Padre celestial y cooperan con la voluntad divina, manifestando a los demás, en el mismo cumplimiento de su tarea temporal, la caridad con que Dios amó al mundo” (LG 41).

La novedad conciliar y sus antecedentes

Es importante señalar que la enseñanza de *Lumen Gentium* no surgió de la nada. El Concilio Vaticano II recogió un movimiento de renovación bíblica, teológica, espiritual y espiritual que venía gestándose desde hacía décadas, con teólogos como Yves Congar y Henri de Lubac, que contribuyeron a redescubrir la teología del Cuerpo místico y la dignidad del laicado.

En este sentido, san Juan Eudes puede ser considerado un precursor legítimo de la eclesiología conciliar. Su insistencia en que el cristiano es “otro Jesús sobre la tierra” (Vida y Reino, p. 162) y en que su vocación es “continuar y completar la vida santa de Jesús en la tierra” (Vida y Reino, p. 162) anticipa la concepción de la Iglesia como sacramento universal de salvación y de los fieles como partícipes activos de la misión de Cristo.

Además, Juan Eudes había desarrollado una teología del bautismo como fundamento de la vocación cristiana que encuentra eco en *Lumen Gentium*. Para él, el bautismo no es simplemente un rito de iniciación,

sino una verdadera “profesión solemne” por la cual el cristiano se compromete a vivir en Cristo y para Cristo (Vida y Reino, p. 267-299). El Concilio, por su parte, afirma que “por el bautismo somos hechos miembros del Cuerpo de Cristo” y que “todos los fieles, de cualquier estado o condición, a este Cuerpo pertenecen” (LG 32).

La vida cotidiana como lugar teológico

Uno de los aspectos más fecundos de la enseñanza conciliar es la afirmación de que los laicos santifican el mundo “desde dentro, a modo de fermento” (LG 31). Esta idea, que hoy nos resulta familiar, implica un cambio de paradigma respecto a concepciones anteriores que veían el mundo como un lugar de peligro del cual había que apartarse para alcanzar la santidad.

San Juan Eudes, sin compartir el optimismo ingenuo sobre el mundo (al que, como veremos, considera con realismo), había ya abierto este camino al afirmar que todas las acciones humanas pueden ser ofrecidas a Dios y convertirse en “actos de alabanza y amor”. Su pedagogía espiritual, que enseña a ofrecer a Jesús cada acción —desde el trabajo manual hasta la conversación con el prójimo, desde la comida hasta el descanso—, constituye una verdadera “espiritualidad de la vida ordinaria” que anticipa lo que el Concilio desarrollaría.

Gaudete et Exsultate: la actualización profética del Papa Francisco

La santidad “de la puerta de al lado”

Si el Concilio proclamó la vocación universal a la santidad en términos doctrinales, el Papa Francisco, en *Gaudete et Exsultate*, la presenta en clave narrativa y existencial, acercándola a la experiencia concreta de los creyentes. Su famosa expresión “la santidad ‘de la puerta de al lado’” (GE 7) busca desmitificar la imagen de una santidad inalcanzable:

“Me gusta ver la santidad en el pueblo paciente de Dios: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas mayores que siguen sonriendo. En esa constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante” (GE 7).

Esta descripción, fácilmente, podría haber sido escrita por san Juan Eudes. El santo normando dedicó páginas enteras a enseñar cómo santificar las acciones más sencillas: al levantarse, al vestirse, al trabajar, al comer, al conversar (Vida y Reino, I y VI Parte). Su objetivo era precisamente mostrar que la santidad no es algo reservado a momentos extraordinarios, sino que se teje en la trama de la vida diaria.

La lucha contra la desfiguración de la santidad

Un aspecto central de *Gaudete et Exsultate* es la denuncia de las falsas concepciones de santidad. El Papa Francisco alerta diciendo que “no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros” (GE 11).

También advierte sobre el pensamiento generado de que la santidad pertenece a unos pocos. Por ello dice que:

“Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra” (GE 14).

San Juan Eudes, desde su contexto, también había enfrentado resistencias similares. Su insistencia en que la santidad es para todos chocaba con la mentalidad de su época, que tendía a identificar la perfección cristiana con la vida religiosa. Por eso, en el prólogo de *Vida y Reino*, se siente en la necesidad de justificar su propuesta apelando a la Escritura: “la palabra de Dios, en efecto, nos declara que su voluntad es que no solamente los que se encuentran en los claustros, sino todos los cristianos trabajen en su santificación” (*Vida y Reino*, p. 90).

Tres siglos después, el Papa Francisco retoma esta misma lucha, pero en un contexto diverso. Ya no se trata tanto de reivindicar la posibilidad de la santidad laical doctrinalmente establecida por el Concilio, sino de liberarla de las desfiguraciones que la alejan de la gente común: el pelagianismo, el gnosticismo, el espiritualismo desencarnado.

La alegría como criterio de santidad

Otro aspecto en el que el Papa Francisco resuena con la tradición eudista es la insistencia en la alegría como signo distintivo de la santidad: “Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría” (GE 122).

San Juan Eudes, aunque su lenguaje pueda parecernos a veces severo por el contexto de su época, es un autor profundamente gozoso. Para él, la unión con Cristo no es una carga, sino una fuente de “deleites y dulzuras”. En un pasaje significativo, escribe:

“Si con esmero y fidelidad utilizas los ejercicios que él te propone, comprobarás la verdad de la palabra del Hijo de Dios: ¡El reino de Dios está dentro de ustedes! Y alcanzarás lo que le pides todos los días: que venga tu Reino” (*Vida y Reino*, p. 92).

La alegría eudesiana no es ingenua ni superficial; brota de la certeza de que Cristo vive en el alma y de que, a pesar de las dificultades, el amor de Dios es

más fuerte. Esta misma convicción anima las páginas de *Gaudete et Exsultate*.

Causas del rechazo contemporáneo a la santidad

La desfiguración de la santidad

A pesar de la claridad de la enseñanza eclesial, persiste en muchos ambientes una resistencia a tomar en serio la llamada universal a la santidad. ¿Cuáles son las causas de este fenómeno?

En primer lugar, como ya se ha insinuado, la imagen socialmente construida de la santidad sigue estando asociada a lo extraordinario. Los santos canonizados que llenan el santoral son, en su mayoría, personas que vivieron experiencias límite: mártires, fundadores, místicos, personas que realizaron milagros o llevaron vidas de penitencia extrema. Esta galería de figuras excepcionales, aunque legítima y edificante, puede transmitir implícitamente el mensaje de que la santidad es para “superdotados espirituales”.

El Papa Francisco expresa con claridad que este camino: “No requiere de capacidades especiales ni está reservado a los más inteligentes o instruidos” (GE 170). También dice que para esa santidad no hay que vivir “como seres autosuficientes sino ‘como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios’ ” (GE 18). Además, insiste en que la disposición para vivir en el amor es el camino hacia la santidad: “Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió ‘para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor’ (Ef 1,4)” (GE 2).

San Juan Eudes, por su parte, aunque veneraba profundamente a los santos y mártires, tuvo el cuidado de subrayar que la santidad fundamental consiste en la unión con Cristo, accesible a todos los bautizados, sin importar su condición o estado de vida. Incluso al hablar del martirio que él considera “la cumbre de la santidad” (*Vida y Reino*, p. 284), se preocupa de señalar que “en cierta manera son verdaderos mártires a los ojos de Dios, los que se hallan en sincera disposición y voluntad de morir por nuestro Señor” (*Vida y Reino*, p. 288). Es decir, lo que cuenta no es tanto el hecho

externo, sino la disposición interior del amor y, sobre todo, para amar.

El miedo a la exigencia, el secularismo y la pérdida del sentido de Dios

Otra causa del rechazo a la santidad es el miedo a la exigencia que conlleva. En una cultura que privilegia el placer, el bienestar inmediato y la autorrealización, el llamado a la entrega total y al desprendimiento de sí mismo puede resultar amenazante.

San Juan Eudes, lejos de rebajar la exigencia evangélica, la presenta en toda su radicalidad. Habla del “odio al pecado”, del “desprendimiento del mundo y de sí mismo”, de la necesidad de “renunciar a todo”. Pero al mismo tiempo, muestra cómo estas exigencias se viven desde el amor y la confianza en la gracia, no desde el esfuerzo puramente humano.

El Papa Francisco aborda esta tensión con realismo pastoral: “Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad” (GE 15).

También afirma que “A veces la vida presenta desafíos mayores y a través de ellos el Señor nos invita a nuevas conversiones que permiten que su gracia se manifieste mejor en nuestra existencia ‘para que participemos de su santidad’ (Hb 12,10)” (GE 17). No se trata de tener entonces miedo a la exigencia, ya que la gracia de Dios sostiene en medio de esa exigencia.

Por tanto, no debe haber lugar para el desánimo en el camino de la santidad. Este camino es, en sí mismo, una lucha interior, un sendero que se recorre paso a paso, con paciencia y perseverancia. En ocasiones, el desánimo puede surgir al contemplar modelos de santidad que parecen inalcanzables, como si quienes los encarnaron nunca hubiesen experimentado fragilidad o error. Sin embargo, los santos no están para ser imitados de manera mecánica, sino para inspirar y orientar. Algunos nos acompañan, otros nos atraen; pero la santidad no consiste en copiar, sino en acoger

la obra única que Dios realiza en cada persona. Cada criatura es irrepetible, y es el Espíritu Santo quien va formando a Cristo en el corazón de cada creyente.

Además, es fundamental reconocer que el punto de partida y la fuerza que sostiene este camino hacia la santidad es la gracia de Dios, a la que San Juan Eudes denomina “Gracia Divina”. No se trata, por tanto, de un esfuerzo meramente humano ni de la acumulación de méritos propios, sino de una gracia que precede, acompaña y sostiene la vida cristiana. Es esta Gracia la que actúa en lo cotidiano, haciendo posible que cada creyente viva en santidad desde su propia realidad.

Finalmente, no puede ignorarse el contexto cultural de secularización que dificulta la percepción de lo sagrado y, por tanto, del llamado a la santidad. Cuando Dios es relegado a la esfera privada o simplemente ignorado, la pregunta por la santidad pierde su sentido.

Sin embargo, incluso en este contexto, la espiritualidad eudista ofrece recursos valiosos. Su insistencia en la presencia de Dios en todas las cosas y en la posibilidad de ofrecerle cada acción cotidiana puede ayudar a redescubrir la dimensión trascendente de la existencia. Como escribe Eudes: “Acuérdate a menudo de que estás ante Dios y dentro de Dios mismo [...]. Que Jesucristo, por su divinidad, te rodea, te penetra y te colma de tal manera que está en ti más que tú mismo” (Vida y Reino, p. 117).

Esta conciencia de la inmanencia divina puede ser un antídoto eficaz contra el secularismo, no desde la huida del mundo, sino desde la experiencia de que Dios está actuando en el corazón de lo real.

La actualidad de la propuesta eudista para el laicado contemporáneo

Una espiritualidad encarnada

La gran contribución de san Juan Eudes a la espiritualidad laical es, sin duda, su carácter profundamente encarnado. Su método de “formar a Jesús” en nosotros no consiste en evadirse de la realidad, sino en trans-

formarla desde dentro. Cada acción, por humilde que sea, puede ser ocasión de encuentro con Cristo.

Esta visión es particularmente relevante para el laicado contemporáneo, que vive inmerso en las realidades temporales. El cristiano que trabaja en una oficina, que cría a sus hijos, que participa en la vida social y política, necesita una espiritualidad que no lo aleje de esas realidades, sino que le permita vivirlas como camino de santidad.

San Juan Eudes ofrece precisamente eso: una espiritualidad que santifica el trabajo (“Te ofrezco, Jesús, este trabajo en honor de tus trabajos en el mundo”), el descanso (“Te ofrezco, Jesús, el descanso que voy a tomar en honor del reposo eterno que disfrutas”), las relaciones (“Jesús, pon en mi boca lo que quieres que diga”), las penas (“Te ofrezco esta aflicción para honrar tu divina justicia”) (Vida y Reino, Parte VI a).

La comunión de los santos como red de apoyo

Otro aspecto de la espiritualidad eudista que puede iluminar la vida laical es su profundo sentido de la comunión de los santos. Eudes invita constantemente a recurrir a la intercesión de la Virgen María, de los ángeles y de los santos, no como un acto de piedad superficial, sino como una participación real en la vida de la Iglesia celestial.

Para el laico que, a menudo, se siente solo en su camino de fe, esta conciencia de pertenecer a una comunidad que trasciende los límites del tiempo y del espacio puede ser enormemente reconfortante. No estamos solos; caminamos sostenidos por la oración y el ejemplo de quienes nos han precedido en la fe.

Además, de tener en cuenta que con nosotros caminan los “santos de la puerta de al lado”. Contamos con los otros y ellos con nosotros, ya que “nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo” (GE 6). Es decir, hemos de tener en cuenta a los otros, la presencia “de aque-

llos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios” (GE 7)

La misión compartida

finalmente, la espiritualidad eudista subraya la corresponsabilidad de todos los bautizados en la misión de la Iglesia. Si Cristo es la Cabeza y nosotros los miembros, entonces todos tenemos una función que desempeñar en la edificación del Cuerpo.

Esta conciencia es fundamental para el laicado, que no debe concebirse como un simple “ayudante” del clero, sino como sujeto activo de la misión eclesial en el mundo. La pastoral no es solo cosa de sacerdotes y religiosos; es tarea de todo el Pueblo de Dios. San Juan Eudes, con su insistencia en que el cristiano continúa la vida de Jesús, ofrece una base teológica sólida para esta participación real.

Conclusión: redescubrir la santidad como vocación cotidiana

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un arco de más de tres siglos, desde la intuición profética de san Juan Eudes hasta la enseñanza del papa Francisco, pasando por la consolidación doctrinal del Concilio Vaticano II. En este recorrido, una convicción emerge con claridad: la santidad es para todos, y se realiza en la trama de la vida ordinaria.

San Juan Eudes, desde su siglo XVII, supo ver que el cristiano no está llamado a ser un mero espectador de la santidad de otros, sino a vivir él mismo la vida de Cristo en su propia existencia. El Concilio, al proclamar la “vocación universal a la santidad”, dio forma dogmática a esta intuición. El Papa Francisco, con su lenguaje cercano y su mirada pastoral, nos invita a redescubrirla en lo concreto de cada día.

Quizás el mayor desafío que enfrentamos hoy no es tanto convencer a los laicos de este llamado a la santidad, sino ayudarles a creer que es posible. Las desfiguraciones de la santidad —el moralismo, el espiritualismo desencarnado, la imagen de un ideal inalcanzable— han hecho mucho daño. Pero la tradición

viva de la Iglesia, desde Eudes hasta el Papa Francisco, nos ofrece recursos para recuperar el sentido auténtico de esa llamada.

La santidad, nos dice san Juan Eudes, consiste en que “Jesús viva en nosotros, que en nosotros sea santificado y glorificado, que en nosotros establezca el reino de su espíritu, de su amor y de sus demás virtudes” (Vida y Reino, p. 89). Por tanto, esto no es algo reservado a unos pocos, sino que es la vocación de todos los bautizados. Que el testimonio de quienes nos han precedido en la fe —especialmente de este gran maestro de espiritualidad que fue san Juan Eudes— nos anime a recorrer con alegría y confianza este camino de santidad al que todos hemos sido convocados.



Tomado de : <https://depositphotos.com/es/photos/catolico.html?offset=60&filter=all&qview=8452091>